

NEOLIBERALISMO POLITICO Y DEMOCRACIA EN AMERICA LATINA

Dr. EDUARDO E. SAXE FERNANDEZ
DIRECTOR DEPARTAMENTO DE FILOSOFIA
UNIVERSIDAD NACIONAL. HEREDIA

RESUMEN:

En este trabajo, primero discuto la noción de «neoliberalismo político». Además de los componentes económicos posneoclásicos típicos del neoliberalismo, y de los también clásicos elementos teóricos sobre la democracia liberal, el neoliberalismo tal como lo hemos conocido en nuestra región durante los años 80 y 90 incluye otros aspectos. Estos nuevos aspectos han contribuido en medida muy importante a otorgar al neoliberalismo político un aura desmesurada de capacidad explicativa, predictiva y de acción; es decir, otorgan connotaciones que los puros componentes teóricos y doctrinarios de carácter político y económico no avalan. Me refiero, por un lado a la relación de coincidencia que aparece en el tiempo entre el predominio político-ideológico del neoliberalismo y los nuevos escenarios internacionales donde campea una capacidad neo-hegemónica adquirida por el llamado Primer Mundo, la cual incluye una especie de «efecto de demostración» de la superioridad del capitalismo y la democracia sobre el socialismo totalitario moscovita. Me refiero, en segundo lugar, a la coincidencia temporal que también se da entre el auge neoliberal y la maduración de un nuevo paradigma tecnoeconómico (en términos neoschumpeterianos) centrado en la informática y disciplinas afines, que también «refuerza» la ideología neoliberal, en tanto instrumento decisivo para la articulación del sistema de producción y distribución de bienes económicos y políticos. Y me refiero, en lo específico para América Latina, a la relación que aparece históricamente entre la llamada «crisis de la deuda externa», las políticas neoliberales, y las «transiciones» hacia la democracia en toda la región.

Estos tres aspectos de la realidad histórica mundial, tecnológica y regional, constituyen el determinante ontológico de las ideas neoliberales. En el estudio del concepto de neoliberalismo político, entonces, es donde resulta posible discutir los límites del neoliberalismo en general. Parte importante del impacto ideológico del neoliberalismo político proviene de que identificamos, o confundimos (o fundimos), en una misma conceptualización:

- a. la actual revolución científico-tecnológica,
- b. el triunfo del capitalismo sobre el socialismo soviético,
- c. los movimientos latinoamericanos por democracia en medio de la crisis de la deuda, con las prescripciones y propuestas políticas y económicas neoliberales en sentido restringido.

El resultado de esta amalgama conceptual es lo que llamo «neoliberalismo político», que podría entenderse como la forma de concreción histórica que adquieren las ideas neoliberales durante este período; pero que, con igual validez, podemos argumentar que ese determinante ontológico no debe considerarse consustancial con, o constitutivo del, neoliberalismo en tanto formación mental y espiritual.

El estudio del concepto de neoliberalismo político, que presento aquí, incluye un resumen de las características más importantes del neoliberalismo «restringido», en sus vertientes económica y política. Después discuto por aparte, el componente agregado que se deriva del contexto internacional, el componente agregado resultante de la movilización regional

pro-democracia, y el componente agregado que se deriva del impacto del nuevo paradigma tecnoeconómico.

Después paso a discutir las características de la democracia en América Latina, en el contexto del predominio político-ideológico del neoliberalismo político, cuyo régimen inicial se instaura con el golpe de estado en Chile en 1973. Por esa razón histórica, la discusión tiene que incluir la consideración de la relación entre neoliberalismo político y los regímenes dictatoriales institucionales, «autoritarios», incluyendo, desde Pinochet hasta Salinas de Gortari, desde Fujimori hasta Callejas y Cristiani. Argumento que existe compatibilidad entre el régimen neoliberal y formas políticas antidemocráticas. También muestro cómo el neoliberalismo es compatible con formas de democracia. Así que argumento que puede encontrarse al neoliberalismo favoreciendo un movimiento de la democracia hacia la dictadura (Perú), de la dictadura de estado-partido, pseudo-democrática hacia sí mismo (sin tránsito hacia democracia) (México), de continuidad democrática (Costa Rica), de tránsito hacia la democracia (Brasil, Uruguay) desde la dictadura, y otros. Por lo que paso a argumentar que no es posible establecer con claridad que el impacto de las políticas económicas neoliberales, o la ideología neoliberal, resulte decisivo para que los diferentes estados latinoamericanos se orienten hacia la democracia. Dependiendo de la formación social nacional específica, el impacto político del neoliberalismo podrá variar en una gama muy amplia, entre formas más o menos autoritarias y más o menos democráticas.

Pero ciertamente existen impactos políticos del neoliberalismo sobre los regímenes políticos latinoamericanos, de carácter no solamente nacional sino también regional. Algunos de estos propician la democracia, o ciertos aspectos de la democracia, como, también, otros o similares propician dictadura en los mismos o en diferentes contextos.

Para esta discusión, con R. MAURO MARINI (1993) considero que respecto al concepto de democracia, en América Latina se destacan y agregan dos denotaciones:

1. la relación directa entre democracia y soberanía, y
2. la relación directa entre democracia y justicia social.

Estos dos son aspectos del contenido de la idea de democracia más característica de los pueblos anteriormente llamados del «Tercer Mundo» (o «Sur», etc.). Los aspectos formales serían por su parte al menos dos:

F.a La constelación ideográfica, ideológica y prescriptiva de la democracia, su teoría y metodología; y

F.b Los procedimientos constitucionales y constitutivos (mecanismos) de la democracia; los procesos electorales y de toma de decisiones y de estructura política.

Los niveles de compatibilidad entre los regímenes neoliberales y formas democráticas, variarán según sea su impacto sobre los aspectos de la forma y de los contenidos.

Donde hay democracia, o donde llega la democracia neoliberal, el neoliberalismo enfatiza los aspectos formales y en cambio reduce los de contenido. En general el contenido de justicia social siempre se ve reducido bajo el neoliberalismo, mientras que el contenido de soberanía no lo es en todos los casos, aunque sí en Latinoamérica. En democracias como Costa Rica o Venezuela, la democracia neoliberal dismantela las instituciones sociales que concretizaron elementos centrales de los contenidos de justicia social y soberanía. También lo hace en los otros regímenes latinoamericanos caracterizados por aparatos burocrático-estatales (México) y/o militares (Brasil), que con estilos particulares desarrollaron instituciones de redistribución o participación social (por ejemplo las derivadas de la Revolución Mexicana y de las reformas cardenistas en México), y de constitución de la nación soberana (por ejemplo la doctrina de la seguridad nacional en Brasil). Al incidir de esta forma, en el caso peruano o brasileño induce un cambio en el tipo de régimen: de dictadura militar a democracia en Brasil, y de la democracia intervencionista socialdemócrata y «soberanista» de Alan García a la dictadura delimitada o «blanda» (o aceptable para los organismos financieros internacionales -OFIS-), con semblante pseudo-democrático de Fujimori. En los casos de Costa Rica o México no se da un cambio de regímenes, pero ciertamente se transforma el carácter de los mismos, en ambos casos con pérdida de elementos del contenido y sin que necesariamente se modifiquen para mejorar los aspectos formales.

Como quiera que sea, es posible establecer una continuidad de apoyo económico y financiero internacional, por ejemplo, a los regímenes de Pinochet y Fujimori, dos formas de dictadura concentradas en procesos acelerados de reestructuración neoliberal.

HAGGARD & KAUFMAN (1992) hacen una caracterización del tipo de democracia más compatible con el neoliberalismo, llamándolo el «modelo japonés». Según estos autores (p. 346), este modelo,

... descansa en el gobierno, más o menos permanente, de un partido o de una coalición de centro-derecha, y en un modelo económico que enfatiza las prerrogativas de lo empresarial, la inversión sobre el consumo y las

transferencias, y una fórmula instrumental de legitimación, basada en la promesa de un crecimiento acelerado. Los sectores trabajadores organizados y la izquierda quedarían relegados a una posición de oposición a largo plazo, tal vez incluso con garantías legales y políticas que presenten diferentes restricciones a su libertad de maniobra. Los ejemplos pueden incluir reglamentos electorales que limitan el acceso de pequeños partidos izquierdistas, o sistemas de relaciones industriales que restrinjan las actividades políticas de los sindicatos.

La pesada carga de la deuda externa, y la ausencia de las dinámicas inducidas en la economía por el desarrollo intensivo de las ramas vanguardistas (de tecnologías avanzadas; con importantes componentes en I&D), hacen que, al contrario del Japón (o Corea del Sur, o la República Popular China para el caso), las economías latinoamericanas hayan experimentado, durante el auge neoliberal, tasas más bien bajas de crecimiento. En el caso del sector industrial, en América Latina más bien se da un proceso de desindustrialización. Y, en el caso de las tasas de inversión, en la región han estado secularmente deprimidas durante estos años neoliberales.

En todos los casos, dictatoriales o no, el neoliberalismo opera mediante la reducción de la participación económica e institucional estatal y pública. Esto redundaría en la disminución de los aspectos de contenido de las democracias, o de distribución, redistribución y participación sociales en todos los regímenes, incluyendo los militares.

El desmantelamiento o reducción del estado altera la sociedad civil. Los procesos inducidos por los neoliberales, en cada país e internacionalmente, en principio son desestabilizantes y desestabilizadores de todos aquellos regímenes (desde el socialismo soviético hasta el reformismo de la socialdemocracia en Costa Rica y Venezuela, y pasando por el régimen autoritario militar brasileño, por ejemplo), en los que la participación económica estatal es significativa, y en los que los sectores políticos dominantes incluyen a, o están concentrados en, formas y magnitudes de la producción y la distribución del poder económico y político, adversas a, o con importantes incompatibilidades con, los intereses de los grupos nacionales e internacionales «portadores» del neoliberalismo. Esa desestabilización de todo lo adverso al neoliberalismo es un rasgo muy destacado del mismo. Hay una correlación positiva entre el neoliberalismo y la inducción de crisis estructurales a nivel nacional e internacional. En los países centrales mismos tienen lugar estos procesos de desestabilización y crisis (por ejemplo en la Inglaterra de Thatcher para desmantelar el sector

público), aunque claro que no de igual sentido que los inducidos contra el sistema soviético o en Latinoamérica.

Sin embargo, todo el sistema internacional entra en procesos de desestabilización y crisis, en tanto la aplicación de las políticas neoliberales (en el contexto internacional de fase última de confrontación global USA-URSS, en el contexto de la maduración del paradigma tecno-económico informático, y de crisis político-económica inducida por la deuda externa), demandan un uso más intensivo tanto de los recursos naturales como humanos. Esto tiene lugar mediante procedimientos de desregulación (que implican por ejemplo reducción en los controles sobre deforestación) y de redistribución regresiva de la riqueza. De aquí resultan situación y dinámicas históricas altamente fluidas y cargadas de inestabilidad.

Como en el caso de Europa Oriental, las corrientes políticas que portan la contrarreforma neoliberal en Latinoamérica precipitan procesos donde se conjugan la protesta política con la protesta económica, de manera socialmente generalizada. Lo cual significa grandes movilizaciones ciudadanas, reclamando derechos políticos y económicos, tales que fuerzan, o bien a una guerra civil donde eventualmente la intervención extranjera ayudaría a los sectores anti-estatistas (socialistas, autoritarios, democráticos), o bien a un reemplazo gubernamental o de régimen político. Estas movilizaciones populares que tienen lugar en Europa Oriental y luego en la URSS, tienen un origen claro (aunque no único) en procesos económicos con una serie de rasgos similares a los que tienen lugar en América Latina: gran proteccionismo comercial; falta de competitividad de la industria nacional frente a los productos más adelantados del Primer Mundo; déficits fiscales inmanejables; procesos inflacionarios (con acelerones muy fuertes) que destruyen la capacidad adquisitiva de los salarios; rigideces institucionales (en el caso de los regímenes autoritarios -Brasil- o pseudo-democráticos -México- de América Latina; en toda Europa Oriental con los gobiernos comunistas) que restringen las libertades. Contra la URSS y su sistema se utilizaron una serie adicional de instrumentos que no es el caso discutir aquí. Pero algunos de estos también fueron utilizados contra América Latina, como son los bloqueos económicos y comerciales que el Primer Mundo establece contra los regímenes que resisten la intervención económica internacional (y que «reestructura» en términos neoliberales). (O, mejor dicho, algunos de estos instrumentos fueron primero ensayados en América Latina y luego en Europa Oriental, y luego en la URSS).

La llamada crisis de la deuda externa ha sido el precipitante, en América Latina, de procesos sociales de empobrecimiento acelerado. Con excepción de cúpulas económicas y

burocráticas (privadas y estatales), las sociedades se han convulsionado sociológicamente de una forma violenta. Esto ha incluido fortísimas movilizaciones para recuperar el empleo, la capacidad adquisitiva, y derechos ancestrales o adquiridos o nunca otorgados. A las viejas y nuevas formas de explotación y expropiación económicas, y de exclusión política, la crisis de la deuda añade un elemento de perentoriedad que retrotrae la sociedad a situaciones que habían sido superadas. Económicamente hay un retorno hacia formas más primitivas («más salvajes», se dice corrientemente), cuando grandes porcentajes de la población son desplazados desde la económica formal hacia la informal, en momentos cuando, y en un contexto donde, el regreso a las formas económicas más tradicionales («precapitalistas») se dificulta por los altos niveles de modernización alcanzados durante la posguerra. El resultado es un pauperismo marginal con elevadísima patología social, y degradación ambiental acelerada por masas que intentan regresar a la naturaleza virgen para sobrevivir. En el otro extremo, en el superior, hay procesos de acumulación no observados desde las épocas pioneras. Pocos acumulan inauditamente, cultivando la mundovisión de la codicia y el individualismo egoísta a ultranza. Estos poderosos orquestan un impacto destructivo sobre la sociedad y sobre la naturaleza, pues creen que el lucro de por sí es el único camino viable, y que por milagro de invisibles intervenciones acabarán haciendo a todos (los que se lo merecen) felices.

En situaciones anteriores estas movilizaciones populares raras veces habían adquirido una potencialidad tan universal, al interior de cada país latinoamericano y en la región de conjunto. Era como si de pronto se hubieran concretizado todas las condiciones sociales y económicas ideales para desatar procesos revolucionarios y/o de profundos cambios. Incluso aparecieron importantes tendencias que promovían la unidad latinoamericana -una de las pesadillas de los políticos y banqueros del Primer Mundo fue un frente unido latinoamericano para la negociación de la deuda externa, por ejemplo.

En oportunidades anteriores, por ejemplo en El Salvador a principios de los años 30, estas movilizaciones fueron fuertemente reprimidas y los procesos de cambio revertidos por la fuerza, mediante el ejército nacional o mediante la intervención extranjera (Guatemala, por caso). Durante los años 80, sin embargo, la salida autoritaria y militar parecía agotada, sobre todo porque durante el período inmediatamente previo, los sectores dominantes locales e internacionales propiciaron o toleraron regímenes más o menos autoritarios en la mayoría de países.

Más bien se propiciaron durante la década pasada, procesos de democratización que fueron cooptados por el

gobierno norteamericano en su cruzada mundial anti-socialista pro-democracia. También en nuestra región se permitieron y en casos hasta se llegó a propiciar, movimientos y procesos pro-democracia. La democracia aparecía como una válvula de escape para evitar las predecibles tremebundas convulsiones políticas que podrían advenir como resultado del impacto de las políticas de administración de la deuda externa latinoamericana. Aunque, por supuesto, como he indicado no puede reducirse únicamente a esto el movimiento hacia la democracia en la región.

Pero los sectores neoliberales nacionales e internacionales han luchado fuertemente por encauzar esas movilizaciones políticas populares latinoamericanas, hacia la consecución de modificaciones neoliberales del estado y la sociedad. De la Madrid, Salinas de Gortari, Vargas Llosa, Menem, Collor de Mello y otros, son los líderes neoliberales que con retórica populista trataron de captar el voto y/o el apoyo de los sectores más sacrificados por las políticas neoliberales. A otro nivel, y por motivos diferentes (más determinados por la confrontación con los soviéticos y cubanos), los regímenes dictatoriales centroamericanos iniciaron procesos de democratización.

Las democracias resultantes mantienen como eje de garantía del poder a la institución armada en los casos donde se venía de regímenes militares. También los militares son el soporte para gobernar por decreto en casos donde las estructuras estatales y políticas democráticas retrasaban esencialmente la aplicación de las políticas neoliberales (caso de Perú).

Las democracias resultantes, por otra parte, reducen el contenido social y de soberanía nacional.

Según los citados HAGGARD & KAUFMANN (1992), el reconocido pobre desempeño económico de las democracias neoliberales latinoamericanas, a corto plazo no representa un peligro para estas, por los elevados niveles de tolerancia que tiene la democracia de tasas de desigualdad socio-económica y pobreza. Pero indican que a largo plazo el mal desempeño económico puede afectar profundamente la vida política. Prevén varias consecuencias:

- a. decadencia política que no altera el régimen formal;
- b. incremento de la valoración de los regímenes autoritarios como capaces de producir mejorías económicas;
- c. grandes convulsiones económicas que produzcan levantamientos populares e intervenciones militares (pp. 346-350). En todo caso, para estos autores esa decadencia política que prevén u observan, incluye un

«aumento del cinismo y la apatía, una declinación en la participación política efectiva» (an increase in political cynicism and apathy, a decline in effective political participation...).

Termino con dos observaciones sobre esto. También he visto y previsto esa apatía. Especialmente por el estudio del caso costarricense. Y puede que esto haya tenido más presencia en democracias con economías desarrolladas. Pero observando los casos de Brasil, de Venezuela, y de Guatemala, es necesario cambiar esta interpretación. Porque más bien hemos visto incrementos sustantivos en los afanes pro democráticos de las poblaciones, con impresionantes y efectivas movilizaciones y participación del conjunto de la sociedad civil en procesos políticos. Antes que apatía, preocupación y movilización. Lo cual se explica en la teoría política liberal misma.

Finalmente, el cinismo que se observa asume la forma política de la corrupción generalizada. Y aquí yo establezco una relación entre el incremento de la corrupción y del neoliberalismo. Porque me parece que la transferencia misma de bienes públicos y estatales, al sector privado, de forma selectiva que beneficia a ciertos grupos y sectores y les ayuda a concentrar aún más el poder y la riqueza, aunque se lleve a cabo utilizando procedimientos legales tiene impactos desmo-

ralizantes sobre el conjunto de la sociedad. Aparte de que las masivas transferencias de los bienes de la nación a grupos de suyo privilegiados tiende a facilitar la corrupción de la llamada clase política tanto como de los sectores medios no privilegiados. En los grupos menos privilegiados, y en el conjunto social, el neoliberalismo también induce un incremento en la delincuencia y la violencia.

Toda crisis, dice alguien, implica pérdida de la inteligencia. Toda crisis implica un retroceso en los niveles educativos, de salud, de cultura, de civilización, de humanidad. Durante los años 80, en América Latina y el conjunto mundial, el neoliberalismo ha tenido como resultado un regreso a formas históricas más primitivas y brutales. En tal sentido encuentro incompatibilidad entre el neoliberalismo y la democracia, entendida, como se la tiende a entender hoy, como la forma mejor de convivencia, en igualdad con libertad.

BIBLIOGRAFIA

- R. MAURO MARINI (1993). *América Latina: integración y democracia*. Ed. Nueva Sociedad, Caracas.
- S. HAGGARD & R. KAUFMANN (1992). «*Economic Adjustment and the Prospects for Democracy*». M.I.T., Boston, mimeo.

burocráticas (privadas y estatales), las sociedades se han convulsionado sociológicamente de una forma violenta. Esto ha incluido fortísimas movilizaciones para recuperar el empleo, la capacidad adquisitiva, y derechos ancestrales o adquiridos o nunca otorgados. A las viejas y nuevas formas de explotación y expropiación económicas, y de exclusión política, la crisis de la deuda añade un elemento de perentoriedad que retrotrae la sociedad a situaciones que habían sido superadas. Económicamente hay un retorno hacia formas más primitivas («más salvajes», se dice corrientemente), cuando grandes porcentajes de la población son desplazados desde la económica formal hacia la informal, en momentos cuando, y en un contexto donde, el regreso a las formas económicas más tradicionales («precapitalistas») se dificulta por los altos niveles de modernización alcanzados durante la posguerra. El resultado es un pauperismo marginal con elevadísima patología social, y degradación ambiental acelerada por masas que intentan regresar a la naturaleza virgen para sobrevivir. En el otro extremo, en el superior, hay procesos de acumulación no observados desde las épocas pioneras. Pocos acumulan inauditamente, cultivando la mundovisión de la codicia y el individualismo egoísta a ultranza. Estos poderosos orquestan un impacto destructivo sobre la sociedad y sobre la naturaleza, pues creen que el lucro de por sí es el único camino viable, y que por milagro de invisibles intervenciones acabarán haciendo a todos (los que se lo merecen) felices.

En situaciones anteriores estas movilizaciones populares raras veces habían adquirido una potencialidad tan universal, al interior de cada país latinoamericano y en la región de conjunto. Era como si de pronto se hubieran concretizado todas las condiciones sociales y económicas ideales para desatar procesos revolucionarios y/o de profundos cambios. Incluso aparecieron importantes tendencias que promovían la unidad latinoamericana -una de las pesadillas de los políticos y banqueros del Primer Mundo fue un frente unido latinoamericano para la negociación de la deuda externa, por ejemplo.

En oportunidades anteriores, por ejemplo en El Salvador a principios de los años 30, estas movilizaciones fueron fuertemente reprimidas y los procesos de cambio revertidos por la fuerza, mediante el ejército nacional o mediante la intervención extranjera (Guatemala, por caso). Durante los años 80, sin embargo, la salida autoritaria y militar parecía agotada, sobre todo porque durante el período inmediatamente previo, los sectores dominantes locales e internacionales propiciaron o toleraron regímenes más o menos autoritarios en la mayoría de países.

Más bien se propiciaron durante la década pasada, procesos de democratización que fueron cooptados por el

gobierno norteamericano en su cruzada mundial anti-socialista pro-democracia. También en nuestra región se permitieron y en casos hasta se llegó a propiciar, movimientos y procesos pro-democracia. La democracia aparecía como una válvula de escape para evitar las predecibles tremebundas convulsiones políticas que podrían advenir como resultado del impacto de las políticas de administración de la deuda externa latinoamericana. Aunque, por supuesto, como he indicado no puede reducirse únicamente a esto el movimiento hacia la democracia en la región.

Pero los sectores neoliberales nacionales e internacionales han luchado fuertemente por encauzar esas movilizaciones políticas populares latinoamericanas, hacia la consecución de modificaciones neoliberales del estado y la sociedad. De la Madrid, Salinas de Gortari, Vargas Llosa, Menem, Collor de Mello y otros, son los líderes neoliberales que con retórica populista trataron de captar el voto y/o el apoyo de los sectores más sacrificados por las políticas neoliberales. A otro nivel, y por motivos diferentes (más determinados por la confrontación con los soviéticos y cubanos), los regímenes dictatoriales centroamericanos iniciaron procesos de democratización.

Las democracias resultantes mantienen como eje de garantía del poder a la institución armada en los casos donde se venía de regímenes militares. También los militares son el soporte para gobernar por decreto en casos donde las estructuras estatales y políticas democráticas retrasaban esencialmente la aplicación de las políticas neoliberales (caso de Perú).

Las democracias resultantes, por otra parte, reducen el contenido social y de soberanía nacional.

Según los citados HAGGARD & KAUFMANN (1992), el reconocido pobre desempeño económico de las democracias neoliberales latinoamericanas, a corto plazo no representa un peligro para estas, por los elevados niveles de tolerancia que tiene la democracia de tasas de desigualdad socio-económica y pobreza. Pero indican que a largo plazo el mal desempeño económico puede afectar profundamente la vida política. Prevén varias consecuencias:

- a. decadencia política que no altera el régimen formal;
- b. incremento de la valoración de los regímenes autoritarios como capaces de producir mejorías económicas;
- c. grandes convulsiones económicas que produzcan levantamientos populares e intervenciones militares (pp. 346-350). En todo caso, para estos autores esa decadencia política que prevén u observan, incluye un

«aumento del cinismo y la apatía, una declinación en la participación política efectiva» (an increase in political cynicism and apathy, a decline in effective political participation...).

Termino con dos observaciones sobre esto. También he visto y previsto esa apatía. Especialmente por el estudio del caso costarricense. Y puede que esto haya tenido más presencia en democracias con economías desarrolladas. Pero observando los casos de Brasil, de Venezuela, y de Guatemala, es necesario cambiar esta interpretación. Porque más bien hemos visto incrementos sustantivos en los afanes pro democráticos de las poblaciones, con impresionantes y efectivas movilizaciones y participación del conjunto de la sociedad civil en procesos políticos. Antes que apatía, preocupación y movilización. Lo cual se explica en la teoría política liberal misma.

Finalmente, el cinismo que se observa asume la forma política de la corrupción generalizada. Y aquí yo establezco una relación entre el incremento de la corrupción y del neoliberalismo. Porque me parece que la transferencia misma de bienes públicos y estatales, al sector privado, de forma selectiva que beneficia a ciertos grupos y sectores y les ayuda a concentrar aún más el poder y la riqueza, aunque se lleve a cabo utilizando procedimientos legales tiene impactos desmo-

ralizantes sobre el conjunto de la sociedad. Aparte de que las masivas transferencias de los bienes de la nación a grupos de suyo privilegiados tiende a facilitar la corrupción de la llamada clase política tanto como de los sectores medios no privilegiados. En los grupos menos privilegiados, y en el conjunto social, el neoliberalismo también induce un incremento en la delincuencia y la violencia.

Toda crisis, dice alguien, implica pérdida de la inteligencia. Toda crisis implica un retroceso en los niveles educativos, de salud, de cultura, de civilización, de humanidad. Durante los años 80, en América Latina y el conjunto mundial, el neoliberalismo ha tenido como resultado un regreso a formas históricas más primitivas y brutales. En tal sentido encuentro incompatibilidad entre el neoliberalismo y la democracia, entendida, como se la tiende a entender hoy, como la forma mejor de convivencia, en igualdad con libertad.

BIBLIOGRAFIA

- R. MAURO MARINI (1993). *América Latina: integración y democracia*. Ed. Nueva Sociedad, Caracas.
- S. HAGGARD & R. KAUFMANN (1992). «*Economic Adjustment and the Prospects for Democracy*». M.I.T., Boston, mimeo.